



Ausencias

Angela Alejandra Guadalupe Godoy

Question/Cuestión, Nro.75, Vol.3, Agosto 2023

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

ICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e823>

Ausencias

Angela Alejandra Guadalupe Godoy

Universidad Nacional de La Plata

Argentina

guadalupegodoylp@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0007-1019-1823>

El lateral del Centro de Posgrado “Sergio Karakachoff” de la Universidad Nacional de La Plata que puede apreciarse desde la céntrica intersección de las calles 7 y 48 de nuestra ciudad, muestra una sucesión de intervenciones artístico-memoriales que, realizadas a lo largo de los años, conforman un doloroso y vívido retrato de algunas de las tragedias locales y nacionales que caracterizan nuestro pasado reciente. Cada una de ellas por separado y todas como conjunto, conforman una de las tantas *huellas de memoria*(1) que caracterizan a la ciudad de las diagonales.

En una secuencia que se extiende de izquierda a derecha, se despliegan: la imagen del desaparecido Enrique Rusconi; “El hombre roto”, una intervención del colectivo artístico Grupo Escombros; el rostro de Miguel Bru y la silueta de Jorge Julio López.

El primero, un trabajador nodocente de la Universidad y militante del PCR asesinado por las bandas paraestatales que asolaron la ciudad durante los años previos al golpe de Estado de 1976.

El segundo, una silueta humana sin rostro ni detalles morfológicos que reproduce la lógica de las siluetas de los desaparecidos característica de las movilizaciones iniciales del movimiento de derechos humanos. Sobre ella se inscriben aforismos que interpelan al observador respecto a la integridad humana, cuyas primeras líneas remiten claramente a la experiencia dictatorial.

En el año 2018 se instaló la imagen de Miguel Bru junto a la pregunta “¿Dónde está Miguel?”, que caracterizara la lucha por justicia emprendida por su familia y amigos con el acompañamiento de una buena parte de la sociedad platense. Una pregunta que tiende un puente entre las búsquedas en torno a los desaparecidos de la dictadura y los de la democracia.

Desde el año 2008, la figura de Jorge Julio López recordando al testigo y querellante en el juicio de 2006 contra el genocida Etchecolatz que fuera desaparecido sobre el final del mismo, ocupa el lugar central en ese conjunto. Sobre su imagen de boina y campera, señalando el horizonte, junto a la pregunta “¿A qué te podés acostumbrar?” y acompañada de un contador de años que nos señala la persistencia de la impunidad, adquirió una dimensión cada vez más dolorosa con el paso del tiempo.

Esa frase, ubicada sobre el conjunto memorial descrito, generó un efecto visual conmovedor. Originalmente destinada a provocar una reflexión sobre la desaparición de López, interpela a quien la observa respecto de la totalidad de estas escenas de nuestra historia reciente y de las luchas por justicia y memoria que protagonizaron sucesivas generaciones de la región.

Responder a esa interpelación no es sencillo en una ciudad que ocupó un lugar central en el ataque brutal desarrollado como parte del genocidio implementado por la última dictadura cívico-militar. El aparato represivo montado entonces, persiguió al activismo político y en particular a los movimientos obrero y estudiantil organizados, dejando un saldo de desapariciones, prisión política, exilios e insilios y cesantías masivas inédito hasta entonces(2). A cada paso encontramos reparticiones policiales y militares que actuaron como centros clandestinos de detención, tortura y exterminio. A diferencia del Holocausto, aquí esos CCTyE fueron las comisarias que, mientras albergaban personas secuestradas, continuaban realizando las tareas burocráticas para las cuales estaban destinadas. Hoy algunos de esos

lugares son sitios de memoria, otros permanecen incólumes, con placas que recuerdan lo que sucedió allí. La aventura militar de Malvinas también dejó su impronta.

En ese escenario, y acompañadas por el campo popular, surgieron muchas de las organizaciones y referentes del movimiento de derechos humanos que promovieron y sostuvieron el reclamo de memoria, verdad y justicia: Madres, Abuelas, Familiares, Hijos, APDH La Plata y el Centro de Ex combatientes Islas Malvinas (CECIM) La Plata, entre otros y otras. Y también surgieron prácticas de resistencia, en conjunto con organizaciones estudiantiles, sindicales y políticas, que articularon políticas contra la impunidad del genocidio y las sucesivas oleadas restrictivas de derechos.

Las políticas sociales y económicas implementadas en esa etapa generaron una profunda reconfiguración del perfil productivo regional, proceso que terminaría de perfeccionarse con el avance neoliberal de los años 90.

El enemigo interno cambió, virando del *delincuente subversivo* al *pibe excluido, pobre y morocho del conurbano*(3). La policía bonaerense, que había participado del genocidio y permanecía impune, adquirió el mote de “maldita” por sus prácticas ilegales amparadas por el discurso político. Entre ellas, el “gatillo fácil”(4), término acuñado por León *Toto* Zimerman para describir el fusilamiento de jóvenes indefensos como mecanismo de control territorial; las detenciones masivas en *razzias* a la salida de recitales y boliches; los tormentos en las detenciones por averiguación de identidad; los allanamientos irregulares a casas donde vivían jóvenes estudiantes y las muertes de jóvenes a manos de la policía, como el caso emblemático de Walter Bulacio en Capital Federal o el menos conocido de Maximiliano Albanese en Berisso.

En ese contexto se produce la desaparición de Miguel Bru en 1993. No es, como suele decirse, el primer desaparecido en democracia. Ni siquiera es el primer desaparecido en La Plata. Andrés Núñez permaneció en esa condición desde su secuestro a manos de la Brigada de Investigaciones de La Plata en 1990 hasta 1995, pero el caso adquirió notoriedad tiempo después.

Esa certeza de que la policía perseguía, mataba y torturaba permitió que sus compañeros de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social fueran los primeros en poder

articular y organizarse en torno a la consigna “¿Dónde está Miguel?”. Un reclamo que puso en juego muchos de los mecanismos e imaginarios sociales heredados del genocidio, latentes en una ciudad tan golpeada por esos sucesos.

Al acierto en la consigna, que se vio reflejado en su reproducción en tantos casos posteriores, se sumaron la capacidad de movilización del movimiento estudiantil y la labor periodística de integrantes de la Facultad, que en un primer momento lograron visibilizar el suceso y, posteriormente, refutar cada una de las falacias propias de la reactivación del imaginario de la desaparición forzada y las que acompañan la práctica policial. En particular las hipótesis alocadas para justificar la ausencia y el manto de sospechas sobre la víctima, herramientas que suelen ser eficaces para contrarrestar la movilización social y el reclamo familiar.

Con Walter fue la historia de un vaguito que vendía droga y tuvo que escaparse, con López fue un viejo loco que solía ausentarse de su casa para dormir bajo puentes, o, peor aún, que vivía sospechosamente en un barrio de policías. Con Santiago Maldonado un salame que no estaba preparado para los ríos patagónicos, como manifestó hace pocos días un ex presidente de la Nación.

La experiencia acumulada en el campo judicial por los organismos de derechos humanos de la ciudad también fue un factor que contribuyó a que la ausencia de Miguel pudiera escapar de la impunidad: Entrenados en sortear las resistencias y la burocracia de los operadores judiciales -formados en la prácticas dictatoriales y consustanciados con la práctica policial- aportaron en una primera etapa sus saberes y experiencia, contribuyendo a gestar estrategias jurídicas creativas.

Esta organización popular, la figura emergente de Rosa y la Universidad pública acompañando el reclamo, lograron que la desaparición de Miguel llegara a juicio oral rompiendo la complicidad judicial y revirtiendo los lugares comunes que el discurso policial y judicial intentaron instalar sobre Miguel.

Años después, la ausencia de Santiago Maldonado, quien también recorrió las calles de La Plata y su Universidad, volvió a golpear. No están sus ojos completando el conjunto del edificio Karakachoff. Tampoco la sonrisa de Johana Ramallo, ni los tantos dolores que vamos

acumulando. Los mecanismos de las ausencias siguen latentes, pero las respuestas, la búsqueda de justicia y la capacidad de organización popular también. Eso nos da la esperanza de que en este nuevo embate que estamos sufriendo, donde lo que está en juego no es la desaparición de los cuerpos sino de todas nuestras conquistas como pueblo, pueda revertirse.

Notas

(1)Ludmila da Silva Catela, No habrá flores en la tumba del pasado.

(2)En el caso de la UNLP, fueron víctimas de desaparición forzada y/o asesinato casi ochocientas personas integrantes de la institución. No existe un relevamiento que permita dar cuenta de la cantidad de personas sobrevivientes, presas políticas, exiliadas, insiliadas, cesanteadas y/u obligadas a abandonar sus estudios.

(3)Así lo definió León Zimerman al proponer la creación de la Coordinadora Contra la Represión Policial e Institucional (Correpi) en 1992.

(4) La expresión hace referencia al texto de Rodolfo Walsh “La secta del gatillo alegre”